

JEHASSE, Jean y Laurence, *La nécropole préromaine d'Aléria*, Paris, C. N. R. S., 1973, fol., 632 pp., CLXXIV láms. (= *Supplément à «Gallia»*). Con un estudio de los grafitos por Jacques Heurgon.

Se da cuenta en este volumen de los resultados de las excavaciones efectuadas en la necrópolis de Aléria, la antigua Alalia, durante los años 1960-1968.

La obra se inicia con un estudio de la situación geográfica de Aleria en relación con las riquezas naturales de Córcega y su situación en las rutas marítimas del Tirreno, que se estructuran en seis itinerarios principales (p. 12-16 y láms. II-III). En este sentido creo hubiera merecido ser tenido en cuenta el análisis de Rougé sobre el comercio mediterráneo romano y sus relaciones con los regímenes de vientos, mareas, corrientes marinas, características de costas, etc. A continuación se esboza una historia de Córcega (p. 16-24) hasta la época imperial romana.

Es este uno de los pocos casos en tierras mediterráneas en los cuales una gran necrópolis haya permanecido prácticamente intacta durante casi dos milenios y que, en la práctica, sólo a partir de 1960 se hayan efectuado trabajos de excavación. Es una suerte que deseáramos hubieran corrido muchos otros conjuntos funerarios de las costas mediterráneas. Hasta 1968 se han excavado ciento seis tumbas, lo cual, dada la gran extensión de la necrópolis, deja amplio margen para futuras excavaciones... si en los próximos años continúa velando sobre este conjunto la misma fortuna que en los dos milenios anteriores.

De estas ciento seis tumbas sólo una, n.º 56, parece, a juzgar por la ausencia de ajuar, haber sido saqueada. Veinticuatro tumbas son de incineración y ochenta y una de inhumación, sencilla o colectiva. El resultado es interesante, aunque no me parecen válidos los comentarios que se hacen, basándose en los datos de conjuntos parcialmente excavados o ampliamente saqueados como pueden ser los de Ampurias o, aunque en menor grado, de Spina. Sí parece válido que el rito de incineración fue generalizándose en Aléria desde el siglo V hasta alcanzar su *floruit* en el período 250-150 a. C.

Los tipos de tumbas comprenden inhumaciones simples, *loculi* de incineración y tumbas de cámara y corredor excavadas en la roca con un total de cuarenta y cinco. Las semejanzas con otras tumbas de Etruria, o si se quiere de Cerdeña, es indudable. Más difícil me parece intentar justificar esta difusión por el expansionismo de un núcleo anatólico-oriental y aún menos buscar un origen y continuidad nada menos que en la necrópolis almeriense de «Los Millares».

Las tumbas de cámara y corredor ofrecen algunas variantes, pequeñas tumbas, grandes tumbas con poyetes laterales, en ocasiones con antecámara y algunas con trazas de pintura mural. De todos modos, aunque ni el clima ni el suelo fueran favorables a la conservación de enlucidos, esta forma de decoración sólo se ha comprobado en dos tumbas, n.ºs 89 y 90, lo cual puede dar pie a discutir las analogías con los usos de Tarquinia o de Paestum y, añadiría, de Apulia.

El rito funerario de las inhumaciones muestra la posición en decúbito supino, en algunos casos apoyados sobre uno de los lados, y la cabeza al Este. Sólo en un caso, la tumba n.º 6, los cadáveres aparecen en posición fetal y hay que tener en cuenta que se trata de inhumaciones en pozos. En los casos de inhumaciones secundarias se practicaba la «reducción de restos», con el fin de dejar espacio para la nueva inhumación, pero respetando, así se comprueba en las tumbas n.ºs 70, 71, 73 y 86, la posición de los cráneos. En todos los casos citados se trata de cadáveres de mujeres o niños. Sólo en un caso se observa esta «reducción» en un varón, en la tumba n.º 98, y en este caso para facilitar la inhumación de una mujer adulta.

La colocación del ajuar es variable. Se observan en general dos grupos, junto a la cabeza y junto a los pies, pero también se observa una colocación longitudinal, y en dos casos se coloca en círculo. En otros casos el ajuar fue colocado *sobre* el cuerpo del difunto.

El estado del ajuar es variable. En el caso de las espadas de La Tene I se comprueba su «amortización» doblando su hoja. En algunos casos las piezas cerámicas había sido utilizadas previamente y habían perdido algunos de sus elementos, por ejemplo, las asas. En otras ocasiones, por ejemplo la tumba n.º 53, pudiera pensarse en una rotura ritual de las vasijas, aunque no puede excluirse se trate de una «limpieza» de ajuares anteriores. Salvo en ciertos casos en que los objetos fueron depositados en el *ustrinum* con el cadáver y recogidos con las cenizas del mismo, predominan las piezas intactas depositadas en la tumba después de la incineración. Los restos de alimentos son escasos y algunos, conchas, cáscaras de huevo, pudieron tener un carácter puramente simbólico. Restos de un caballo aparecen en el dromos de la tumba n.º 87. Pese a algunos casos de hallazgos de restos de caballos en tumbas etruscas y de Enserune, prescindamos ahora de las lejanas tumbas reales de Chipre, a los cuales habría que añadir la presencia de restos de équidos en silos ibéricos de la región catalana, los autores no se atreven a pronunciarse sobre su posible carácter de ofrenda y sacrificio y señalan la posibilidad, válida también para alguno de los casos catalanes a los que he aludido, de una reutilización tardía.

El estudio de los ajuares se traduce en una seriación cronológica. Veintiséis tumbas pertenecerían al período 500-340, aproximadamente, el *floruit* parece corresponder al período 340-259 (conquista romana de Córcega) con cincuenta y siete tumbas y más de millar y medio de objetos. Entre el 259 y el 150 se fechan veintitrés tumbas. Los ajuares son más pobres y las piezas proceden de centros muy diferentes de los del período anterior. Para los tres períodos se ensaya una subdivisión en fases de un cuarto de siglo de duración lo cual, aun teniendo en cuenta aquellos casos donde aparecen vasos áticos de figuras rojas, o negras, es un tanto hipotético, máxime teniendo en cuenta que, como ya se ha reconocido anteriormente, algunos vasos habían sido utilizados durante un cierto tiempo, prescindamos de hipótesis sobre «cuánto», antes de ser utilizadas en el ajuar de la tumba.

El aspecto más interesante del estudio de estos vasos áticos decorados es que sus fechas y frecuencias coinciden en líneas generales con lo que previamente se había advertido sobre el comercio de vasos áticos en Marsella y en la costa mediterránea española. Pese a los matices, diferencias con Ampurias, Génova, etc., hasta el 340 puede hablarse de una cierta comunidad de suministro, con sus períodos de abundancia y recesión. Sin embargo resulta más problemático precisar quiénes fueron, y en qué grado, los distribuidores en los distintos períodos. Sicilia y Magna Grecia debieron jugar en cierto momento un papel importante, e igual puede decirse de Cartago, para el caso de España. Piénsese ahora en la presencia de vasos áticos en áreas extremeñas y manchegas que siempre debieron quedar fuera del ámbito de actividades de las factorías griegas situadas en las costas mediterráneas, pero tampoco convendrá olvidar o considerar, *a priori*, secundario u ocasional el papel que pudieron jugar los centros comerciales de Italia central. En realidad las corrientes comerciales y las coyunturas del área tirrénica durante este período muestran ser muy complejas y cabe dudar si es factible, con nuestros conocimientos actuales y su continuo incremento y matización, intentar presentar unas líneas directrices.

La cerámica ática de figuras negras y rojas muestra algunas piezas de calidad excepcional, un predominio de la producción de tipo medio y la ausencia de grandes composiciones figuradas. Junto a los vasos áticos de figuras negras, pocos y de escasa calidad

(lo cual puede compararse con el nivel medio de Ampurias), aparecen, más escasos y mediocres, los vasos campanos de figuras negras. Estos, al parecer, no se documentan en las costas españolas, pero esta ausencia puede ser sólo una parte de la gran incógnita que plantea hoy la presencia de la cerámica de fabricación italiota y medio-itálica en la Península Ibérica. El conjunto de las importaciones áticas figuradas más numeroso y con ejemplares más destacados es el de figuras rojas, aunque sean más numerosos los productos semi-industriales del último cuarto del siglo v, frente a la manida idea de la interrupción del comercio durante las guerras del Peloponeso, y del siglo iv con el inevitable «Pintor del Tirso Negro». Por consiguiente un cuadro muy semejante al de España pero matizado por la aparición de vasos campanos y ápuolos de figuras rojas. En este capítulo, sea ático o itálico, Aléfrica se nos muestra como un centro provinciano, acomodado pero incapaz de afrontar los gastos de adquisición de piezas de alta calidad como era posible hacerlo en Etruria o en Magna Grecia.

Respecto a la cerámica ática sin decorar, simplemente barnizada, me parece un tanto discutible que, sin más, se distinga en la producción del siglo iv de entre «pre-campano» y «proto-campano». Dudo mucho que Morel mantenga hoy los puntos de vista que sostenía en sus trabajos publicados en 1965. Incluso en la investigación española más reciente sobre materiales de yacimientos de habitación en el país valenciano o en el SE., tales nombres sólo pueden aceptarse como genéricos. Tengo mis dudas, asimismo, que estas cerámicas, sin decoración, deban contraponerse a las pintadas y suponer que la disminución de estas últimas tenga como correspondencia el incremento de las primeras. Decorado y sin decorar, como en tantos otros casos de la producción cerámica, debieron coexistir y una mayor o menor abundancia de una de estas facetas debe entenderse en cuanto a sus relaciones con la producción desde el factor primordial del coste incluso cuando se generaliza el procedimiento, mucho más barato que la pintura, de moldear la cerámica y producir, en términos relativos, grandes cantidades de vasos decorados en relieve.

Bajo el título general de «vasos comunes» se agrupan especies muy distintas. Esporádicamente un tipo de «barniz rojo», quizás local, una cerámica pintada con franjas que puede remontarse a una tradición jónica, como se ha sostenido para lo ibérico en el NE. de Cataluña, pero las variantes de colorido, quizás resultado de la cocción irregular e insegura, no permiten muchas elucubraciones.

Otras piezas pueden ser importaciones etruscas. En otros casos las posibilidades son numerosas. Así las cerámicas grises. «Focenses», y aún más ampuritanas, me parecen simples etiquetas. Los perfiles, más indicativos a mi juicio y menos inseguros para su valoración que la macroscopía de pastas o la descripción subjetiva del colorido, excluyen, en algunos casos con un notable margen de seguridad, una vinculación con el «bucchero griggio».

La panoplia defensiva es sencilla. Con la relativa excepción del yelmo, y el caso excepcional de un par de *cnemides*, se hallan restos de escudos, que debieron ser de madera revestida de cuero, circulares y con umbo también circular. Unos fragmentos de coraza nos llevan de nuevo al mundo centro-itálico. Por el contrario los objetos domésticos, singularmente *oenochoi*, de bronce son relativamente numerosos. Los resultados que pueden obtenerse de estas piezas son análogos a los observados en la cerámica. El hierro, aparte un par de fíbulas, se utiliza esencialmente para armas, espadas, dagas, falcatas, o *machairai?*, y en especial puntas de lanza y sus cuentos. Las joyas son escasas. El predominio de lo centro-itálico, como suministrador de tipos y de piezas, aumenta paulatinamente. La presencia de lo hispánico creo, dado que puede tratarse de simple identidad de tipos y técnicas, requiere un estudio más profundo que destacar la presencia

del granulado en joyas del siglo VII, y los hallazgos de Trayamar pueden hacer pensar en una fecha anterior, aparecidas en España, pero que no pueden ser consideradas forzosas y en su totalidad, como fabricadas en la Península. La escasez de las piezas de plata podría incidir en este hecho. Otras piezas como las cuentas de vidrio, de ámbar, etc., requieren ser valoradas a la luz de unos estudios más amplios y detenidos de los existentes hasta ahora.

El «segundo período» comprende tumbas que han ofrecido un 87 por 100 de los hallazgos de la necrópolis. La cerámica pintada, antes o después de la cocción, procede del S. de Italia y del área del Centro. La cerámica de Saint-Valentín, de Gnathia, de Genucilia (no se tiene en cuenta el material del área de «San Omobono» en el Foro Boario), los *pocola*, etc., cobran su más pleno significado desde el punto de vista de estas relaciones. La comparación entre la ilustración de este libro y el material reunido en la «Mostra di Roma Medio Republicana» es muy instructiva. La cerámica etrusco-campana señala también estas semejanzas, por ejemplo en la abundante representación de la producción del «alfarero de las estampillas pequeñas» de Morel. Sin embargo este período muestra, cuando se pasa a otros productos que los cerámicos, cierta escasez y monotonía. Las relaciones parecen haberse reducido y los centros de suministro concentrado, habrá que tener en cuenta sin embargo el posible papel como centro intermedio de difusión hacia el occidente del Tirreno, singularmente España, donde el material itálico, singularmente centro-itálico, es poco conocido, por cuanto apenas se ha estudiado. Estas relaciones se sostienen para el «tercer período» pero tengo la impresión, por ejemplo, si se establecen comparaciones entre los materiales del «segundo período» y Ullastret, que su origen es anterior. Algunos materiales son hispánicos, por ejemplo, un *kalathos*, o pueden ser, por ejemplo, cerámicas grises del tipo llamado «amputitano». El primero puede proceder de un centro de la costa catalana más que de los alfares de Valencia o del SE. De todos modos parece un material un tanto ocasional y aislado para pensar en un suministro notable vía de productos procedentes de la Península Ibérica. A este estudio sigue el inventario de las tumbas, el estudio de los grafitos, principalmente nombres propios, y el antropológico.

No me atrevería a decir con los autores que el estudio de esta necrópolis empiece a llenar un gran vacío en la historia del Mediterráneo. Creo que da plenamente lugar a un replanteamiento de una serie de presupuestos o de hipótesis de trabajo que hasta ahora se habían tenido como verdades incontrovertibles y que confirman cómo la historia socio-económica del área centro-itálica entre el 350 y el 250 deba ser vista e interpretada de un modo muy distinto al que se había considerado como «cierto».

Me permitiré algunas observaciones. Las erratas, en los nombres propios o en los títulos de los trabajos, no faltan en las citas de la bibliografía italiana y, en mayor grado, española. Resulta un tanto sorprendente que no se citen algunos trabajos como los fascículos de Mingazzini sobre el *CVA Museo Campano*, o la publicación de los vasos áticos sin decorar hallados en el ágora de Atenas, ni algunos estudios sobre materiales de yacimientos del país valenciano. La utilidad del volumen y la importancia del material reunido es indudable, mírese desde el punto de vista del comercio itálico, mírese desde el punto de vista de las no lejanas Baleares y sus posibles relaciones con el área costera peninsular.—ALBERTO BALIL.